

## ARTÍCULO DE OPINIÓN

**“Aranceles con megáfono y memoria corta cuando Ecuador le cobra peaje al País vecino”**



**Econ. Abg. Enrique Aragón. MBA**

La política exterior, como la electricidad, funciona mejor cuando no se improvisa. Ecuador acaba de anunciar un arancel del 30 % a las importaciones colombianas como tasa de seguridad, una decisión presentada con tono firme desde Davos y envuelta en el lenguaje de la soberanía. El problema no es solo el fondo, la lucha contra el narcotráfico, sino la forma, el momento y, sobre todo, la memoria. El presidente Daniel Noboa asegura que mantendrá la medida hasta que Colombia asuma un compromiso real en seguridad fronteriza. El mensaje es directo, casi performativo: Ecuador no tolerará más falta de cooperación. Sin embargo, la política internacional rara vez responde bien a los ultimátum públicos, y menos aún cuando se lanzan contra un socio estratégico, vecino inmediato y proveedor clave de energía.

Y es que Colombia no es cualquier país en la ecuación ecuatoriana. Es su sexto mercado de exportaciones, el segundo destino de bienes no petroleros y, detalle no menor, uno de los principales proveedores de electricidad en los momentos más críticos de la crisis energética ecuatoriana. Fue el Gobierno de Gustavo Petro el que autorizó la venta de energía cuando las represas ecuatorianas estaban al límite y el estiaje amenazaba con apagar industrias, hospitales y hogares. No fue un gesto simbólico; fue una decisión política en plena sequía histórica colombiana. Hoy, ese antecedente parece haber sido archivado. La imposición de aranceles introduce un elemento de fricción económica que va mucho más allá del comercio. Cuando se grava al vecino, no solo se encarecen los productos importados; se encarecen también las relaciones, se tensiona la diplomacia y se abren espacios para represalias silenciosas. En comercio internacional, nadie pierde solo.

Las consecuencias económicas son relativamente fáciles de anticipar. Un arancel del 30 % impactará directamente en precios internos: alimentos procesados, insumos industriales,



medicamentos, materiales de construcción y manufacturas colombianas llegarán más caros al consumidor ecuatoriano. La inflación importada no distingue discursos de seguridad. Además, muchas cadenas productivas en la frontera funcionan de manera integrada; romperlas implica costos logísticos, desempleo local y menor competitividad. Pero el efecto más delicado es el energético. Ecuador atraviesa una fragilidad estructural: una alta dependencia hidroeléctrica, mantenimiento simultáneo de represas y escaso margen de maniobra. Introducir incertidumbre en la relación con uno de los principales proveedores de electricidad es, como mínimo, una apuesta temeraria. Nadie ha dicho que Colombia cortará el suministro, pero, en política internacional no hace falta romper contratos para enviar mensajes; basta con enfriar voluntades.

En el plano político, la medida también deja preguntas abiertas. El Gobierno ecuatoriano no ha precisado aún qué productos estarán gravados ni cómo se articulará la supuesta tasa de seguridad con los acuerdos comerciales vigentes. Tampoco ha explicado por qué un problema de cooperación policial y militar se responde con un castigo comercial generalizado. La seguridad no se negocia con aranceles; se construye con inteligencia compartida, operaciones coordinadas y diplomacia constante. Paradójicamente, el anuncio fortalece a los sectores más radicales en ambos países. En Colombia, ya se habla de una agresión económica. En Ecuador, la oposición caricaturiza la medida como una versión tropical del trumpismo arancelario. El debate se desplaza así del problema real, el crimen organizado transnacional hacia una disputa de egos y narrativas.

La frontera norte de Ecuador es, sin duda, un escenario crítico: grupos armados, minería ilegal, narcotráfico y militares heridos lo confirman. Pero precisamente por eso, la cooperación con Colombia no es un favor; es una necesidad estratégica. Penalizar al socio con el que se comparte el problema puede servir para un titular fuerte, pero rara vez para una solución sostenible. En política exterior, como en energía, hay reglas no escritas: no se amenaza al proveedor cuando el sistema está frágil; no se confunde firmeza con confrontación; y no se olvida quién sostuvo la red cuando todo estaba a punto de colapsar en el sector energético. Los aranceles hacen ruido, pero no dan seguridad. Y cuando el ruido reemplaza a la estrategia, el costo suele pagarse en silencio y a oscuras.

**Autoría:**

**Econ. Abg. Enrique Aragón. MBA**  
**Docente e investigador a tiempo completo**  
**Universidad Tecnológica Empresarial de Guayaquil UTEG.**